



La actitud de Cervantes hacia sus antepasados judaicos

**CONFERENCIA de DANIEL EISENBERG
en la Universidad Hebrea de Jerusalén.**



Por primera vez en la vida hablo ante un público en gran parte judío, en una universidad hebrea. Algo de lo que voy a decir, supongo que ya es conocido de todos. Al mismo tiempo, hay aquí personas que saben mucho más de algunos aspectos de esta materia que yo, y pido disculpas por mis errores e insuficiencias. Algunas cosas que digo o explico serán conocidas por una parte, o todos, de los presentes: por ejemplo, explico qué son cristianos nuevos. Pero espero que al menos algo de lo que voy a decir no sea conocido de todos.

Lo que sigue ha nacido como conferencia vivipara. El concepto es de Unamuno, quien dividió a los escritores en ovíparos y vivíparos. Los escritores ovíparos se preparan, hacen un esquema, diseñan la obra entera antes de comenzar a escribirla. Los vivíparos – y en primer lugar

Unamuno de colocaría a sí mismo, y en segundo lugar, a Cervantes (quijotista inferior a Unamuno, según éste) – los escritores vivíparos se ponen a escribir sin saber más que el arranque de su obra, “a lo que salga” como dijo Unamuno. Éste es el caso de mi ponencia, cuyo tema propuse antes de saber lo que iba a decir ni las conclusiones a que iba a llegar. Escogí el tema, como casi todos mis temas, porque me interesaba. Se trataba para mí de una cuestión candente, y si me comprometía a hablar sobre el tema, le tendría que dedicar el tiempo y la meditación necesarios.

Me he dado cuenta, mientras progresaba, de que estoy escribiendo, en el término de Berceo, “a ventura”: me he propuesto, atrevidamente, comentar la opinión de Cervantes sobre un tema que no discutió nunca, sobre el cual sólo hay datos indirectos y sobre el cual, que yo sepa, nadie ha escrito.

Esta ponencia consiste en cuatro partes desiguales: **1. Sefarad**; **2. Los cristianos nuevos**; **3. Cervantes** (la más larga); y **4. Don Quijote**; más una apostilla con un pensamiento final.

1. Sefarad.

La grandeza de la civilización judía en España será ampliamente conocida por algunos de los presentes, pero es relevante y no me consta que lo sea por todos los cervantistas. España, Sefarad como la llamaron, era el centro del mundo judío, de la cultura judía, en lo que hoy llamamos, en un término que no le conviene a España, la Edad Media (Eisenberg, 2003a). Se fecha desde los siglos X y XI el mayor florecimiento de la cultura judía desde tiempos bíblicos. Hubo un renacimiento del hebreo como lengua literaria, y se comenzó a usarlo, por primera vez, para poesía no religiosa. Fue entonces cuando nacieron la filología, lexicografía y ecdótica hebraicas. Hubo científicos y filósofos judíos; los judíos participaban en el gobierno como en ninguna otra parte del mundo. No se puede elogiar demasiado. España, Sefarad, era líder del judaísmo medieval mundial.

El concepto del sionismo, de aliyah, que los judíos deberían volver a su país original, tuvo su origen en aquella cultura judeoespañola. Allí tuvo su origen el misticismo judío conocido como Cabalá, vivo hasta la fecha en varias encarnaciones más recientes de diferentes nombres. Piensen Uds. lo que sería el judaísmo sin sionismo y sin misticismo y se darán alguna cuenta, si no lo apreciaban sobradamente ya, de la enorme contribución al judaísmo de los sefardíes. Incluso cabe hablar de un estado judío en España, con un monarca judío: la única ocasión en que nos consta la existencia de un general judío a la cabeza de un ejército judío, entre los tiempos bíblicos y el siglo XX. (Para aquellos que conocen algo de la historia medieval española, me refiero al reino zirí en la Granada del siglo XI. Es tema de una conferencia inédita mía, “Granada, el reino de las hadas”.)

Entremos en territorio aún más atrevido. Según el historiador de la arquitectura Bargebuhr (1968), los judíos granadinos intentaron reconstruir el destruido templo judaico, mil años después de su destrucción en Jerusalén. (Los judíos presentes entenderán exactamente a qué me refiero, pero por si acaso y para los que no lo son, se trataba de construir, en España, no “un templo judaico” sino “el templo judaico”, para reemplazar el destruido en Jerusalén. Lo cual tendría implicaciones nacionales, teológicas y para el culto.) Y también según Bargebuhr, lo que ha sobrevivido de aquella etapa del complejo de la Alhambra, aparte de los cimientos, es la conocida fuente de los doce leones. Unas estatuas que carecen de sentido en un contexto islámico, pues en el arte musulmán no se representaban seres vivos, ni personas ni animales, sólo plantas.

Los leones son un conocido símbolo o icono judaico, y el número doce – las doce tribus bíblicas – tiene pleno significado para la nación judía. Hasta la fecha se siguen buscando las tribus desaparecidas. Búsquenlas en el Internet y lo verán.

España es insólita.

Como todos Uds. saben, unos restos de esta civilización hispanojudaica, dispersos por Europa y el norte de África, y ahora emigrados a Israel en gran parte, han sobrevivido hasta la fecha, cinco siglos después, con su variedad del castellano medieval, el ladino o judezmo.

¿Tiene todo esto algo que ver con Cervantes, siglos después? Espero mostrarles que sí.

2. Cristianos nuevos.

Los cristianos nuevos apenas constituyen, hasta hoy, un campo de estudio. No tienen revista ni asociación. Es algo como era al-Andalus, la España mora, hace un siglo, cuando no había sino un especialista allí y otro acá. Ésta es la situación de los que estudian a los cristianos nuevos.

Con la decadencia militar, política y económica de al-Andalus – la España musulmana – en sus últimos siglos, los judíos españoles, que florecieron tanto en ella, se trasladaron en gran parte a la España cristiana, contribuyendo a su apogeo. Como todos Uds. saben, después de más de un siglo de discriminación, conflictos y conversiones forzadas, tres meses después de la conquista de Granada, Isabel la Católica decidió, al parecer según sugerencia de su nuevo confesor Cisneros (Eisenberg, 1992), obligar a los judíos a convertirse al cristianismo o abandonar al país. Fue un acto controvertido y criticado, incluso por cristianos, desde el primer

momento, causa de un sufrimiento enorme y visible. Los judíos españoles salieron a cualquier lugar que los admitiera, aunque fuera por poco tiempo. Encontraron la mejor acogida en el imperio otomano, contribuyendo a su prosperidad en el siglo XVI. El monarca otomano dijo que España le mandaba sus mejores súbditos.

Sí constituye un campo de estudio lo que pasó a estos judíos desterrados, que prosperaron en Italia, Holanda, Salónica en lo que hoy es Grecia (Mazower, 2005), y otras ciudades. Después de 500 años se ha levantado la orden de destierro. Creo haber sido el primero en sugerir que, igual que se discute en mi país con relación a los descendientes de los esclavos, hay que estudiar la cuestión de una indemnización a los descendientes de estos ciudadanos injustamente desterrados (Eisenberg, 2003a). Ahora se permite la construcción de nuevas sinagogas en España.

Pero en lo que sigue, quisiera llamar su atención a los que no salieron del país, a los que se quedaron. Se discuten mucho las cifras exactas, pero es innegable que muchísimos – centenares de miles, probablemente – abandonaron su país, y muchísimos otros – otros centenares de miles – se quedaron.

La realidad religiosa del siglo XVI, que es el siglo de Cervantes, nacido en 1547, se suele entender mal. Voy a citar un hecho clave: se dice y se piensa que 1492 significó el fin del Islam y del Judaísmo en la península ibérica. No es así. El Judaísmo, presente por todo el país, se prohibió en 1492. El Islam, presente sólo en el Sur y Levante, no se prohibiría en Castilla (es decir, Andalucía) hasta 1500, y en el oriente de la península sobreviviría durante otros veinte años. Más importante es que los judíos convertidos al cristianismo – los “conversos” – podían quedarse para siempre dentro de España. A pesar del “peligro” cultural, económico o social que conllevaban, no representaron ningún peligro político o militar; no tenían aliados en el extranjero que amenazaban, o podían amenazar, España.

En cambio, los descendientes de los musulmanes granadinos soñaron con su restauración política, y pedían repetidamente al imperio otomano que ayudara a la “reconquista” de España. Los musulmanes granadinos primero sufrieron un destierro interno a principios de los 70, el que llevaba a los padres de Aldonza Lorenzo a El Toboso, con el cual, entre otras cosas, se acabó con la industria de seda en España. Después, por buenos cristianos que hubieran llegado a ser, los moriscos, los descendientes de musulmanes, fueron desterrados en su totalidad del país. Así que hubo dos suertes diferentes para estos dos grupos religiosos. Los moriscos salieron, pero los marranos, los cristianos nuevos de origen judío, se quedaron. Resultado de esta realidad demográfica es que hubo a partir del siglo XVI, y hasta cierto grado en unos siglos anteriores, un mayor influjo en España de los nuevos cristianos judíos, que de los nuevos cristianos moros. Dicho sea de paso, no hay un término adecuado para referirse a los cristianos nuevos de origen judío. Para sí mismos nunca usaron un término propio, que yo sepa. Existe el término judío *anusim*, los forzados, pero no es lo mismo. Muchos no eran “conversos” porque nunca habían sido judíos. El término “marranos” es ofensivo, y “cristianos nuevos” sugiere que dentro del cristianismo cabe hablar de clases, que desde un punto de vista teológico es absurdo; todos los cristianos son iguales ante Dios. Pero el término “cristianos nuevos” es corriente y útil, y no conozco otro mejor.

Pronto se vio que algunos de los judíos convertidos continuaban su culto judío, tal como podían, en secreto. Ha habido bastante estudio de este fenómeno, muy vigilado por la Inquisición – la Inquisición sí es un campo de estudio –, y sabemos hoy que hubo mucho más judaísmo secreto en el siglo XVI, y en fechas más tardías, de lo que se pensaba hace medio siglo (Amiel, 1995, citado por Childers, 2004). A través del siglo XVI, hubo una serie de leyes, medidas y prácticas para identificar a los que todavía intentaban practicar el judaísmo, medidas como obligar a dejar abiertas las puertas de las casas en los días de fiesta judíos, y obligarles al consumo de cerdo, carne ante la cual los cristianos genuinos no experimentarían ningún asco (Sicroff, 1960, y Gilman, 1972).

El prejuicio y hostilidad contra los judíos fácilmente se transfirieron a los cristianos nuevos, que continuaban desempeñando los mismos oficios. Se implantaron una serie de medidas legales, de estatutos llamados de “pureza de sangre”, para discriminar contra esta clase,

sean las que hayan sido sus verdaderas creencias o prácticas religiosas. Se prohibió su entrada en universidades, la práctica de ciertos oficios, su emigración al nuevo mundo, y un largo etcétera (Sicroff, 1960). Igual que se produjo en la edad media una comunidad cristiana y otra judía, en el siglo XVI había una comunidad de cristianos viejos y otra de cristianos nuevos. Hay un vínculo directo entre las leyes de “pureza de sangre” y el antisemitismo alemán, en el siglo XX. Tema para otra conferencia.

Llegado aquí voy a dejar el tema de los *anusim*, los judíos convertidos a la fuerza o bajo presión, que no querían ser cristianos, que siguieron con el judaísmo en el grado que podían. Vamos a pasar al tema mucho más espinoso de los convertidos que no deseaban volver al judaísmo. Entre ellos figuran muchos de las generaciones segunda, tercera y cuarta, que no tenían contacto directo con una comunidad judía tal como había existido en España hasta 1492. Éstos – los cristianos nuevos que no tenían ganas de volver al judaísmo – constituyen el nuevo campo de estudio, nacido después de la Guerra Civil Española y asociado al principio con la figura de Américo Castro, refugiado en EE.UU., y a sus estudiantes norteamericanos como Gilman. Este nuevo campo, que pudiéramos llamar los estudios cristanonuevos, no ha sido acogido con entusiasmo ni por los católicos ni por los judíos. Pero es muy relevante para Cervantes. Lo que se ha llegado a entender en la segunda mitad del siglo XX es hasta qué grado los intelectuales y líderes culturales del siglo XVI español eran descendientes de aquellos judíos sefardíes cultos, lectores, pensadores e inquietos; sólo unos pocos, como Alejo Venegas (Eisenberg, 1983) o Miguel de Luna, eran moriscos. Sabemos ahora algo que no sabían nuestros padres o abuelos en 1936: que eran cristianos nuevos, descendientes de judíos, Diego de San Pedro, Hernando del Pulgar, Antonio de Nebrija,³ Fernando de Rojas, Luis Vives, Bartolomé de Las Casas, Francisco de Vitoria, el político Antonio Pérez, los médicos Andrés de Laguna y Juan Huarte de San Juan, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, el beato Juan de Ávila, Fray Luis de León, su amigo el hebraísta Benito Arias Montano, bibliotecario y capellán de Felipe II, Francisco Delicado, Feliciano de Silva, Jorge de Montemayor, Alonso de Ercilla, Mateo Alemán, y aquí voy a parar, aunque podría continuar, porque hemos llegado a Cervantes. Y voy a pedir a los hispanistas presentes que mediten qué quedaría de la cultura española del siglo XVI, restados estos nombres. Y para los que no son hispanistas – algunos de los que figuran en esta lista incompleta serán conocidos sólo por los hispanistas – quisiera señalar que tenemos aquí no sólo a autores literarios sino a pensadores, a grandes figuras de la cultura cristiana, héroes del cristianismo en algunos casos, como Santa Teresa. Para decirlo con otras palabras, una parte importante del gran florecimiento cultural que se produjo en la España del siglo XVI es producto de la cultura antiguamente sefardí, ahora convertida del judaísmo al cristianismo. Los escritores constituyen el grupo de ellos mejor estudiado (porque hay muchos más profesores de literatura española, que profesores de historia o arte o filosofía españoles). Mi antiguo profesor A. David Kossoff, influido por la Institución Libre de Enseñanza por conducto distinto al de Américo Castro,⁴ llegó a la cifra del 80% de los escritores de clase media – y en gran parte los escritores eran de la clase media – eran cristianos nuevos (Kossoff, 1979).

Es como el judaísmo convertido a otra clave. Estas figuras no eran judías, ni querían volver a la religión de sus ascendientes, ni meditaron mucho en ello pues faltaban libros, faltaba quién se la explicara y las prácticas judaicas fácilmente llevarían a la horca o a la hoguera. Sólo los que manejaban el hebreo, como Fray Luis y Arias Montano, o salieron de España, como Cervantes, tenían un posible acceso directo a textos o individuos sefardíes.

Pero si el 80% de los escritores de clase media es cristanonuevo, como el 80% del Israel actual es judío, se llega a una conclusión: la cultura española del Siglo de Oro es en su mayor parte – no todo, pero en su mayor parte un reflejo, un descendiente, un producto de la cultura hispanojudía. Y cabe preguntar qué tenía en común toda esta gente.

Tenían en común que estudiaban, que leían mucho, que escribían mucho, que valoraban la comunicación escrita, la educación y los libros. No podían tener una educación judía y libros judíos, pero leían y estudiaban todo lo que estaba a su alcance. Era gente que meditaba, que miraba lo que tenía delante de los ojos, y que tenía un compromiso para mejorar el mundo en cuanto pudiera y de la manera que pudiera. La vida la tomaron en serio. Si ésta no es una cultura

judía vestida de cristiana, no sé lo que es.⁵ ¿Cómo podrían portarse de una manera más judaica en un país en el cual el culto y las costumbres judías llevaron a la hoguera?

Se trata también de un grupo que sufría discriminación, cada vez más exagerada, una discriminación contra la cual no hubo otra protesta o apelación que confeccionar documentación para demostrar que no descendían de quienes descendían. El confesar públicamente y con orgullo que eran cristianos nuevos, descendientes de judíos, y protestar por la discriminación, hubiera sido un suicidio y nadie lo hizo.

Vivían, si no manejaban el hebreo o salían de España, sin contacto con la cultura sefardí, sin saber lo que había sido y hasta dónde había llegado. También vivieron en aislamiento los unos de los otros, porque no sabían lo que acabo de mantener: que constituían los cristianos nuevos una buena parte o una mayoría de los intelectuales del país. Y vivían también en un ambiente de hostilidad oficial y rutinaria contra los judíos, quienes, según se recordaba a menudo, habían matado a Cristo y no le aceptaban como el Mesías.

Estos cristianos nuevos son un campo de estudios flamante, sin sede y con pocos especialistas. Ha habido congresos sobre diversos aspectos de la historia y cultura sefardíes, aljamiadas y andalusíes. No faltan quienes estudian aspectos de la edad media de la España cristiana. A lo menos algunos, sobre todo en España, estudian la desaparecida civilización hispanomusulmana, tema de recuerdos y leyendas pero en cierto grado molesto para los países árabes actuales. Mientras ha habido coloquios sobre judíos españoles y sobre el ladino, que yo sepa no ha habido nunca un coloquio ni siquiera un libro dedicado a los cristianos nuevos españoles, los descendientes de judíos que no deseaban volver al judaísmo. El tema no interesa ni a los cristianos ni a los judíos.

Ahora pasemos a Cervantes.

3. Cervantes

Sobre Miguel de Cervantes, como sobre Shakespeare, se han dicho y se siguen diciendo unas tonterías vergonzosas cuando no espeluznantes. Por ejemplo, se ha dicho—me abstengo de dar las referencias a estas chapuzas—que las obras cervantinas no son de Cervantes, sino de un inglés, y que los textos que tenemos son traducciones del inglés al español. Uno ha publicado a su costa un libro en el cual explicó que había encontrado la casa de Diego de Miranda, y en el sótano hubo nada menos que una sinagoga (Hortigón, ¿1992?).

Que Cervantes era de Alcalá de Henares está, para mí, bien documentado. Quien lo apuntó primero era el historiador “Diego de Haedo”, nombre que pongo entre comillas. Me refiero a la *Topografía e historia general de Argel*, publicada en 1612, con el nombre Diego de Haedo en la portada, pero todos los que hemos estudiado esta obra estamos de acuerdo en que no la escribió Haedo, un monje benedictino que jamás había estado en Argel (Eisenberg, 1996). Fue por esta obra, a mediados del siglo XVIII, cuando se comenzaban a recoger los datos biográficos sobre Cervantes, que se sabía que Miguel de Cervantes era “natural de Alcalá de Henares”. Con esta pista se pudo encontrar en Alcalá su partida de bautismo. A pesar de esta partida de bautismo y de las palabras de Haedo, y bastantes otros documentos conocidos ahora,⁶ hay quienes dicen que Cervantes no nació en Alcalá de Henares sino en Alcázar de San Juan. Se ha dicho que la tierra de don Quijote no es la Mancha, a pesar de lo dicho en el texto cervantino, sino Sanabria, en la provincia de Zamora, donde hay un pueblecito llamado Cervantes. Allí hay otra ruta de don Quijote.

Sobre estas tesis extravagantes les recomiendo un artículo reciente de Michael McGaha, “Is There a Hidden Jewish Meaning in Don Quijote?” (“¿Hay un oculto mensaje judaico en *Don Quijote*?” McGaha, 2004). Su respuesta es bastante negativa. Creo que un fallo de nosotros los cervantistas serios, y el cervantista serio es el que haya leído todas sus obras y lea gran parte de lo que se publica sobre él, es que no hemos hecho lo que McGaha: contestar a tantas tesis absurdas.

Continuando con el rechazo de tesis extravagantes y absurdas, no estoy aquí para decirles que Cervantes fuera secretamente un judío, ni que quisiera ser judío, en cual caso hubiera podido quedarse en Italia o en el imperio otomano. Tampoco creo que conociera el Talmud ni la Cabalá, ni que haya anagramas con mensajes escondidos en el texto del *Quijote*. Incluso no voy a afirmar

que fuera simpatizante del judaísmo ni que hubiera leído especialmente el Antiguo Testamento. Sería interesantísimo si se pudiera demostrar que había leído el Antiguo Testamento y no, o no tanto, el Nuevo, o si se estableciera convincentemente que conocía algún libro prohibido en la España de su tiempo, como la Biblia de Ferrara y tantos otros. Las investigaciones minuciosas de Ruth Fine sobre su conocimiento de textos bíblicos no lo apoyan (Fine, 2001). Por mi parte he reconstruido su biblioteca, y para hacerlo, repasé todas las referencias a autores y libros en sus obras y los anteriores estudios sobre sus conocimientos y lecturas. Los únicos libros que pude identificar con una relativa seguridad como lecturas cervantinas que no estaban libremente a la venta en la España de su tiempo eran autores italianos, Ariosto por ejemplo, y teóricos italianos sobre el amor (Eisenberg, 2001 y 2002).

Ahora bien, son posibles muchas cosas. Es posible que su maestro López de Hoyos todavía conservara, en secreto pues habían sido recogidos, libros de Erasmo en español. Si el maestro los tenía fácilmente los leería Miguel, o se los llevaría cuando su maestro se muriera, en los años 80. Y la Biblia de Ferrara, en español, teóricamente es posible que la manejara en Italia o Argel o después, como artículo de contrabando, en Madrid. Pero con los datos que tenemos – y estoy seguro de que no los tenemos todos, y no me sorprenderían nuevos descubrimientos relevantes en la materia – no me parece probable que tuviera contacto con tales libros, prohibidísimos en la España de su tiempo. Los únicos libros judíos con los cuales se ve claramente que Cervantes tuvo contacto, eran la Biblia, el decir el Antiguo Testamento, en latín, y los *Diálogos de amor* de León Hebreo, obra que leyó en italiano y con cuyo traductor, el Inca Garcilaso, sin duda hablara.⁷

Según el título de esta ponencia, lo que sí puedo afirmar, y es mucho e incomoda a bastante gente y acaso a algunos de los presentes, es que Cervantes era descendiente de judíos por los dos lados. Según Francisco Márquez Villanueva, su ascendencia judaica es “incuestionable”.⁸ Pero Anthony Close la cuestiona, y dice Canavaggio que no hay “prueba decisiva” (Canavaggio, 1992, 29), y aun si la hubiera, no tiene mucha importancia. Canavaggio es el máximo biógrafo de nuestros días, y el tema le tiene sin cuidado.⁹ “No está documentado”, y aun si lo estuviera, no significaría mucho. “Si pudiéramos probar que Cervantes fuera judío, ¿importaría?”¹⁰ Tengo aquí una cita en este sentido, tomada de una reseña de Alison Weber publicada en el mismo número de *Cervantes* que el ensayo de McGaha. (Está reseñando a Rosa Rossi.) “Hay razones válidas para especular que Cervantes puede haber sido un converso – y su sátira, en “El retablo de las maravillas”, de la obsesión por la pureza de sangre, es una de las más convincentes”. También escribe Weber: “El prejuicio contra los conversos era real en la época de Cervantes, pero fue errático y con grandes variaciones locales”.¹¹

Para entender el prejuicio contra los conversos en aquella frase, vamos a traducirla a otra clave: “El prejuicio contra mujeres fue real en el siglo XIX, pero fue errático y con grandes variaciones locales”. Cierto también. Pero no me consta que ninguna mujer actual preferiría vivir bajo aquellas condiciones paternalistas decimonónicas. Ser cristiano nuevo, como ser mujer en el siglo XIX, era ser ciudadano de segunda clase.

Algo puede ser cierto aun sin estar documentado o probado. Sobre este tema podría dar toda una conferencia de tema filosófico. Creemos estar aquí en esta sala, pero ¿cómo lo probamos y documentamos? ¿Cómo sabemos que no estamos en la cama soñando?

Hay pruebas documentales de la ascendencia judaica de algunas figuras anteriores a Cervantes, de una fechas más tempranas del siglo XVI. Pero en fechas tardías, dada la documentación fraudulenta que circulara, es muy difícil. El biógrafo que se limite a lo documentado no cumple con su deber, y los documentos, y desde luego los presentados para demostrar su pureza de sangre hacia 1569, pueden contener errores, mentiras u omisiones.¹² Dejemos de considerar su ascendencia judaica como un defecto o mancha cuyo reconocimiento los que le estudiamos estamos obligados a rechazar.

Estoy completamente convencido de que Cervantes tenía ascendientes judaicos. Además de la burla de los cristianos viejos en “El retablo de las maravillas” a que se refería Weber, lo demuestran sin lugar a dudas las profesiones de sus padres y abuelos paternos – padre cirujano, abuelo licenciado, bisabuelo trapero. También es muy llamativa la escasez de información sobre la familia de su madre, el nombre de cuyo padre—el abuelo materno de Cervantes—se ignora

(Munguía, 1995, 17). En esta materia, la falta de documentos es siempre sospechosa. Mientras la conversión de los ascendientes paternos de Cervantes remonta al menos a la primera mitad del siglo XV, la de sus ascendientes maternos puede haber sido más reciente.

Lo demuestran también las profesiones de Miguel: recaudar impuestos no lo hacía ningún cristiano viejo. Comisario o comprador, tenedor de libros, contable, pequeño comerciante en su etapa sevillana,¹³ todo nos lleva a la misma conclusión. Lo demuestra también el ataque que recibió en el soneto en la carta “del real de porte”, el insulto cuyo recibo pagó, según cuenta la “Adjunta al Parnaso”:

“No sé si eres, Cervantes, co- ni cú- [coño ni culo],
sólo digo que es Lope Apolo, y tú
frisón de su carroza, y puerco en pie.
Para que no escribieses, orden fue
del cielo, que mancases en Corfú.
Hablaste buey; pero dixiste mú”. (citado en Eisenberg, 1984).

Llevarle “puerco” es sin duda una alusión religiosa, como lo es también el ataque a su virilidad. Y si esto no es suficiente, si se quiere una cédula de identidad que le identifique como cristiano nuevo, lo siento mucho pero tales documentos no existen para nadie. Cervantes mismo no lo comenta nunca de forma directa. No esperemos que nos diga algo como “siendo cristiano nuevo, y a mucha honra, pienso lo siguiente...” Nadie en todo el siglo de oro se identificó abiertamente como cristiano nuevo. Punto. No tengo nada más que decir. Los que no quieren verlo no lo verán, diga lo que diga. Es uno de los problemas que más afectan a los estudios cervantinos. Hace falta que se diga y se comente en las biografías de Cervantes. No ha habido ninguna biografía seria que incorpore plenamente esta realidad.¹⁴

La segunda implicación del título de esta ponencia—la actitud de Cervantes hacia sus antepasados judaicos—es que Cervantes sabía que los tenía: sabía que era cristiano nuevo. Tampoco sé cómo documentarlo; Cervantes no lo comenta nunca. Nadie en España comentaba tal ascendencia; si uno creía que sus bisabuelos habían sido judíos, la tarea era ocultar este hecho y enterrar la noticia. Pero también creo inevitable que Cervantes sabía que era cristiano nuevo. Para entenderle a Cervantes, tenemos que leer entre líneas e interpretar los silencios. Un ejemplo: Cervantes no habla mucho de Roma, cuando los peregrinos llegan allí hacia el final del *Persiles*. Para lo que Roma era, la descripción es muy parca, comparada con el tratamiento cervantino de otras ciudades. La conclusión que sale es que Cervantes estaba molesto con la opulencia del capital del catolicismo. Si se pusiera a comentar Roma según pudiera, habría dicho cosas peligrosas para él y que no servían a su propósito, ensalzar el matrimonio cristiano. Otro ejemplo: Cervantes nunca critica a Colón, pero sí nos da a Sancho listo para vender a sus súbditos como esclavos. Un tercer ejemplo: aunque tenía a su hermana Luisa en un convento carmelita, de la cual llegó a ser priora, apenas se mencionan las órdenes monásticas en sus obras. Pero sí tenemos la Casa de Monipodio en Sevilla, llena de religiosidad superficial, donde los criminales pasan un noviciado y se cambian de nombre. “Los religiosos”, dice don Quijote, “con toda paz y sosiego piden al cielo el bien de la tierra, pero nosotros los caballeros andantes ponemos en la práctica lo que ellos piden” (I, 13) – para la época, un comentario atrevido. También, en el fragmento que creo ser de las *Semanas del jardín*: dice Selanio que no puede meter la mano ni alargar “la lengua a los hombres dedicados al servicio y culto divino, que éstos y de la perfección de su vida y ventura no puedo, debo ni quiero tratar” (Eisenberg, 1988 [1989], 154).¹⁵ Aquí otro ejemplo: la única iglesia en *Don Quijote* es la de El Toboso. La encuentran de noche, en la oscuridad; don Quijote y Sancho topan con ella. “Con la iglesia hemos dado” dice don Quijote (II, 9). ¿Nos dice algo la oscuridad en que se encuentra la única iglesia en *Don Quijote*?

¿Quería Cervantes que los lectores discretos sacáramos de esta oscuridad una conclusión? Me atrevo a opinar que sí.

Ya que Cervantes nunca comenta su linaje, se concluye que sabía que sus antepasados habían sido judíos.

¿Y este hecho le afectó? ¿Fue algo más que una entre varias facetas de su ser? Tiene que haberle afectado. A cualquiera le iba a afectar el formar parte de una clase sujeta a discriminación, y el tener que negar, como problemática o vergonzosa, una parte de su identidad. No me gusta mencionar en un contexto cervantino el problema de la escondida identidad homosexual, pero no he podido encontrar mejor ejemplo. Es de nuestros días que los homosexuales pueden dejar de ser las personas que no son. Pueden afirmar públicamente, con orgullo y sin temor de represalias, al menos en algunas partes de algunos países, su identidad sexual. De ellos mismos sabemos cuánto les costara psíquicamente el tener que negar quiénes eran, de tener que vivir con la máscara de heterosexualidad.

Ahora bien, respecto a la actitud de Cervantes sobre sus antepasados judaicos, no se puede saber directamente ni con toda seguridad lo que está dentro de la cabeza de uno, principio que el mismo *Don Quijote* nos enseña. Pero podemos examinar lo que escribió: cómo presenta a los judíos en sus obras. Cervantes retrata a los judíos fuera de España, sobre todo en sus comedias y novelas de ambiente turco. Los presenta más que nada como comerciantes, cosa que Cervantes mismo era. El tratamiento más extenso, donde hay un personaje sin otro nombre que “judío”, es en *Los baños de Argel*, y es allí, en Argel, donde Cervantes sí puede haber tenido contacto directo con judíos. (También hubiera podido conocerlos en Italia, pero en sus obras apenas hay judíos en aquel país.)

Vemos en *Los baños de Argel* cuánto sabía Cervantes de la religión y costumbres judías. (“Baños” aquí no tiene nada que ver con agua o limpieza; es la palabra turca para prisión.) Cervantes sabía que un judío no podía trabajar los sábados, y el personaje judío dice que no lo haría aunque le maten. A Cervantes siempre le gustaba que la gente tomara sus compromisos en serio. Tampoco el judío puede guisar en el sábado.

Se ve en esta obra que Cervantes sabía que los judíos varones están circuncidados, que la palabra “trefe” se usaba para designar lo que no se podía comer y que los judíos usaban el falso singular “Dío”, para evitar lo que para ellos es el politeísmo cristiano, supuestamente reflejado en la s final de la palabra “Dios”. ¿Cómo llegó Cervantes a saber que los sefardíes dijeron Dío y no Dios? Por hablar con ellos, o con personas que les conocían.

También vemos en *Los baños de Argel* cómo el judío es víctima – de malos tratos del sacristán cristiano, de robos: incluso del robo de su hijo. En esta obra, Cervantes trata el judío de una manera bastante favorable. No es personaje negativo o criticable. Le trata mejor, con más comprensión, que su contemporáneo Shakespeare.

Otro detalle que revela bien cuánto conocía Cervantes de los judíos figura en el capítulo 9 de la Primera Parte del Quijote. El personaje Cervantes relata el descubrimiento del manuscrito de Cide Hamete, a la venta en Toledo como papel viejo. Nos dice que lo compró, y pagó a un morisco aljamiado para que lo tradujera al castellano. Al mismo tiempo, dice que se podría hallar en Toledo un traductor de “mejor y más antigua lengua”. Como ocurre tantas veces con Cervantes, unas pocas palabras suyas, evidentemente escogidas con cuidado y sentido, revelan mucho. En primer lugar, que había personas en Toledo a fines del siglo XVI que conocían el hebreo. Cómo Cervantes supo que existía esta gente es un misterio. No se ha discutido. En segundo lugar, que la lengua hebrea es más vieja que el árabe. No sé si un historiador de las lenguas semíticas apoyaría esta valoración. Lo que es indudable es que los libros sagrados del hebreo, que dieron al hebreo bíblico la forma en que lo conocemos, son muy anteriores al Corán, que fijó la lengua árabe en su forma clásica, y a los textos preislámicos conocidos. En todo caso, el ser el hebreo anterior al árabe es algo que podría saber un español culto de la época de Cervantes, aunque me gustaría mucho saber de quién o de qué libro Cervantes recibió este dato. Por último, también según estas palabras la lengua hebrea es mejor que la arábica. No nos explica en qué sentido es mejor, ni hay, que yo sepa, ningún lingüista moderno que mantenga esta posición. Al contrario, los que hablan el árabe siempre han ensalzado más su lengua que los que hablan hebreo. La lengua árabe tiene mayor papel en la cultura árabe que el hebreo tiene en la cultura hebrea, en la cual la lengua con más tradición y personalidad es el yidisch. (Yidisch quiere decir “judío”). ¿Habría dicho Cervantes estas palabras por ser el hebreo la lengua que Dios usó en

la Biblia? No lo sabemos. Pero sí consta que Cervantes – no sólo el personaje Cervantes, sino Cervantes el autor – tuvo una opinión sobre el tema, y el hebreo para él era una lengua excelente. Es otro pequeño detalle que revela que Cervantes sabía más de lo que muchas veces pensamos. Hay un paralelo moderno que creo útil. Gran parte de los israelíes llegaron, o sus padres o abuelos llegaron, de otros países. Lo mismo en Estados Unidos – la gran mayoría de los judíos norteamericanos son descendientes de inmigrantes relativamente recientes. Es mi propio caso. Mis abuelos paternos vinieron de una comarca llamada Galicia – Galitsia lo dirían ellos – una región fronteriza que cambió de manos varias veces durante el siglo XX. Cuando ellos emigraron, a principios del siglo XX, era parte del imperio austriaco; mi madre encontró los documentos de ciudadanía de sus suegros, por los cuales renunciaban a su ciudadanía y en una raya está escrito a mano “austriaca”. Galicia hoy es parte de la Ucrania.

Y ¿qué sé yo, y qué sabía mi padre de Galicia? Muy poco, y eso sin estar prohibido nada. No nos interesaba Galicia, y a mis abuelos no les gustaba recordarla. Contestaron a preguntas, eso sí, pero era todo lo contrario de recuerdos amenos. Ni el país, ni la gente que no emigró era tema de discusión. Todos los que se quedaron allí habían muerto, exterminados por los nazis.

Este mundo era parte del pasado y no había razón para no dejarlo en el pasado. Desde la perspectiva de los hijos y nietos, se trata de una decisión que tomó otra gente, de otra generación, por motivos mal documentados y medio olvidados. Y más todavía en la España de los siglos XVI y XVII, cuando faltaba información sobre las conversiones forzadas, los sufrimientos y vejaciones que habían experimentado los conversos y seguían experimentando los cristianos nuevos.

No podemos hablar del pensamiento de Cervantes como algo fijo durante toda su vida, que tuviera las mismas opiniones a los 60 años que a los 20. Hacia el final de su vida, después de unos 20 años en la España de Felipe II, rey que sólo menciona en el soneto escrito a su muerte, su compromiso cristiano es cada vez más notable, y sus antepasados son cada vez más remotos. Es cuando entró en la Orden Tercera de San Francisco. El judío Zabulón y su mujer, que envenena a Auristela en el libro cuarto de *Persiles y Sigismunda*, los presenta mucho más negativamente que lo es el anónimo judío de *Los baños de Argel*. Creo que todos estamos de acuerdo en que *Persiles y Sigismunda*, sea la que sea su confusa cronología de composición, es posterior a *Los baños de Argel*.

4. La última parte. *Don Quijote*.

He dejado para el final otro ejemplo de un silencio elocuente. Sancho declara tres veces que “cristiano viejo soy” (I, 21; I, 47; II, 3) y que tiene “cuatro dedos de envidia” de cristiano viejo (II, 4). Al principio de la Segunda Parte añade que si Cide Hamete había dicho lo contrario en la Primera Parte, “nos habían de oír los sordos” (II, 3). Sancho también se proclama “enemigo mortal de los judíos” (II, 8).

Don Quijote no dice ninguna de estas cosas. Y de este silencio se saca una conclusión. Si Don Quijote fuera cristiano viejo, lo hubiera dicho también. Ya que se calla, no es cristiano viejo; es cristiano nuevo. Tampoco es, como Sancho, enemigo mortal de los judíos.

Voy a repetirlo, porque creo que es la conclusión más importante que ha salido de esta ponencia vivípara, aunque Américo Castro lo haya dicho de pasada (Sánchez, 1995, 26). Don Quijote, símbolo español, es, como Cervantes, cristiano nuevo, descendiente de judíos. Es una más de las oposiciones entre los dos personajes principales de la obra. Sancho es gordo, Don Quijote flaco; Sancho está casado y don Quijote soltero; Sancho es codicioso y don Quijote liberal; Sancho es cobarde y Don Quijote valiente. De la misma manera, Sancho es cristiano viejo y Don Quijote cristiano nuevo.

Y no sólo eso, y aquí se abre una ventanilla a estas tensiones de otra época. Sancho es cristiano viejo, pero según su señor, es mal cristiano, que no pone en la práctica lo que su fe le indica (I, 21). Por decirlo de otra manera, los cristianos viejos no son tan buenos cristianos como los nuevos. Una actitud, perdonen que lo diga, judía vestida de cristiana.

Otra oposición. Sancho dice que “siempre creo, firme y verdaderamente, en...todo aquello

que tiene y cree la Santa Iglesia Católica Romana” (II, 8). Don Quijote no dice tal cosa; me atrevo a afirmar que don Quijote, como Cervantes, tampoco creyera “en todo aquello que tiene y cree la Santa Iglesia Católica Romana”. En cambio, dice Don Quijote, lector, escéptico, que “respet[a] y ador[a] [a la Iglesia] como católico y fiel cristiano que soy” (I, 19).

Y con Cervantes cristiano nuevo, y especialmente con don Quijote cristiano nuevo, les voy a dejar. Pero les dejo con una reflexión, un apostilla, algo que meditar.

Todos los cervantistas presentes hemos visto reproducida muchas veces la portada de la primera edición del Quijote, en la calle en diciembre de 1604 con fecha de 1605 (Rico, 1996). Para los que no la han visto, es fácil hallarla. Hay facsímiles, se reproduce en muchas ediciones modernas, en facsímiles y en línea. En estas ediciones impresas por Juan de la Cuesta – tres de la primera parte, y una de la segunda – aparece su escudete, y en él hay una cita de la Biblia: *Post tenebras spero lucem*. “Después de las tinieblas, espero la luz.” Se trata de un verso del libro de Job, y el tema del libro de Job es el sufrimiento, un sufrimiento enorme, inaguantable, terrible pero real debido a un motivo divino, porque Dios lo ha querido, aunque no lo entendamos. El de Job es un sufrimiento, aunque no lo pareciera en el momento, con sentido.

Ahora bien, Cervantes no tuvo nada que ver con el escudete de Juan de la Cuesta. Pero figura en cada ejemplar de las primeras ediciones de *Don Quijote*, de las *Novelas ejemplares* y de *Persiles y Sigismunda*. Cabe preguntarse por qué escogió alguien este verso. El mismo versículo aparece en portadas de Madrigal y otros impresores a partir de 1550 (Conde Montero, 1943). Pero alguien lo usó por primera vez, y otros decidieron usar este mismo escudete, que se tenía que encargar repetidas veces, porque se gastaba. (Existen bastantes variedades de este escudete.) Costaba algo el usarlo. ¿Cuál es el enorme sufrimiento que blasonan estos impresores, el sufrimiento inaguantable, semejante al de Job, que motivó la selección de este verso y no otro? Según lo que he dicho, ya adivinan Uds. lo que creo que es: es por lo que tenían que sufrir los cristianos nuevos. Me recuerda a la cita del cristiano nuevo Fernando de Rojas al final de *Celestina*, “in hac lacrymarum valle”, en este valle de lágrimas.

Así que les dejo con la historia de un cristiano nuevo, descendiente de judíos, escrita por otro cristiano nuevo, descendiente de judíos, y con el libro de Job en la portada.

Daniel Eisenberg
Cervantes Society of America
8 Brookview Court
Clifton Park, NY 12065 EE.UU.

I am the former Editor of [Cervantes](#), the scholarly journal of the [Cervantes Society of America](#), and founder of the listserv [H-Cervantes](#). This is my [Résumé](#).

I have a [page](#) in the Homenajes a Cervantistas portal of the Biblioteca Cervantes Virtual. However, the versions of my publications on this site are preferred. Contact information: [dbe\(at\)nycap.rr.com](mailto:dbe(at)nycap.rr.com). Works by Daniel Eisenberg, listed by categories:

- [Books](#)
- [Miguel de Cervantes Saavedra](#)
- [Cervantes \(journal of the Cervantes Society of America\): Rincón del editor](#)
- [Libros de caballerías](#) [romances of chivalry]
- [Federico García Lorca](#)
- [John Bowle](#)
- [Journal of Hispanic Philology editor's columns](#)
- [Other Hispanic topics](#)
- [Encyclopedia of Medieval Iberia entries](#)
- [Distance Education](#)
- [Computer articles](#)
- [Book reviews](#)
- [Software reviews](#)
- [Reviews of my books](#)

